

TATIANA KELLY
IRINA PODGORNYY
directoras

Los secretos de Barba Azul

*Fantasías y realidades de los archivos
del Museo de La Plata*



prohistoria
ediciones

Rosario, 2012

Fotografía y hechos científicos

Los *guayaquies* y las discusiones de la antropología a fines del siglo XIX

ALEJANDRO MARTÍNEZ

En agosto de 1839, el daguerrotipo, procedimiento fotográfico adquirido a sus inventores por el estado francés, era presentado en la Academia de las Ciencias de París (Favrod, 1989). Se trataba de un dispositivo mecánico, ideado por Jean Louis Daguerre en colaboración con Nicephore Niépce, que permitía capturar una imagen del mundo real del mismo modo que lo hacía la cámara oscura, fijándolo en forma permanente sobre una superficie químicamente preparada y sensible a la luz. Este evento es frecuentemente señalado como el punto de partida de un nuevo medio técnico que, a la vez que tendría una rápida y amplia difusión y aceptación a nivel internacional, sería entendido como un instrumento de registro y representación “fiel a la realidad”.¹

El efecto de realidad ligado a la imagen fotográfica se atribuyó a la semejanza existente entre la foto y su referente, de modo tal que, en un comienzo, la fotografía fue percibida como un análogo objetivo de lo real (Dubois, 1986: 20). Sin embargo, no se resaltaba solamente la semejanza entre foto y referente, también se entendía que la “objetividad” del procedimiento fotográfico venía dada por su aparente carácter “natural”, al ser el resultado de la acción de la luz sobre los granos de plata fijada sobre una placa o papel sensible. Siendo una

1 Por ejemplo, Dubois (1986), afirma que un “séquito impresionante de discursos” acompañó a la fotografía desde su surgimiento, entre estos discursos, el “discurso de la mimesis” ocuparía un lugar preponderante siendo, según este último autor, el discurso primero –y también primario– sobre la fotografía. Dubois reconoce otros dos discursos sobre la fotografía que se sucederían, a grandes rasgos, en el tiempo. Además del discurso de la mimesis, y después de él, se refiere al discurso “del código y la deconstrucción”, que entiende a la fotografía como transformación de lo real. Este discurso se manifestó como una reacción contra ese ilusionismo del espejo fotográfico. El principio de realidad fue designado entonces como una pura “impresión”, un simple “efecto”. En un tercer momento, el del “discurso del index y la referencia” la fotografía es vista como huella de un real. Allí se destaca que algo singular subsiste a pesar de todo en la imagen fotográfica, que la diferencia de los otros modos de representación: un sentimiento de realidad ineluctable del que uno no llega desembarazarse a pesar de la conciencia de todos los códigos que allí están en juego y que han procedido a su elaboración (Dubois 1986). Si bien ese autor apunta su relato y sus argumentaciones a explorar el último de estos discursos, aquí nos detendremos en el primero de los momentos históricos señalados, presentando un caso específico de utilización de la fotografía en la antropología de fines del siglo XIX.

reacción química propiciada por un dispositivo óptico-mecánico donde la mano del hombre no intervenía, la foto era concebida libre de los vicios propios de otras herramientas de registro anteriores -sobre todo el dibujo y la pintura- y en esa forma considerada como espejo del mundo.²

Justamente, en el campo de las ciencias, no era tanto la “objetividad” proveniente de la semejanza de la imagen con su referente, su capacidad “mimética”, la que daba valor simbólico al dispositivo fotográfico, sino más bien su “objetividad mecánica”. Según Daston y Galison, las controversias sobre la evidencia fotográfica en el campo científico muestran que las nuevas técnicas fotomecánicas no eliminaron sino que desplazaron las fuentes sospechadas de subjetividad. La objetividad mecánica era indiferente por ejemplo a las idiosincrasias personales; más bien, combatía la subjetividad del juicio científico y estético, la construcción dogmática de sistemas, y el antropomorfismo. En este sentido, la fotografía no vino a clausurar el debate sobre la objetividad sino que se sumó a él, ofreciendo un camino hacia una representación fiel guiada no por la precisión sino por el automatismo, que implicaba la exclusión de la voluntad del científico del campo discursivo, la autenticidad antes que la mera similitud o semejanza. Debido justamente a que la cámara eliminaba, aparentemente, la agentividad (agencia) humana, la fotografía se volvió la esencia y el emblema de la objetividad mecánica (Daston y Galison, 1992: 82-123).

Sin embargo, tanto en la arqueología como en la antropología de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la fotografía no fue el único procedimiento mecánico de registro, ni tampoco gozó de la completa confianza de los estudiosos. Por un lado, tal como señala Podgorny (2009), refiriéndose al problema de la reproducción de los monumentos de la antigüedad, la búsqueda de exactitud había llevado a “la invención de distintos medios para cumplir con la reproducción mecánica de las obras del hombre y la naturaleza. El taquígrafo de Bravard, la *lotinoplástica* de Lottin de Laval, el daguerrotipo, la cámara lúcida competirían entre ellos para tratar de ser adoptados como dispositivo seguro y garante de la fidelidad en el transporte de los datos, sobrepasando el problema de la escala, la lejanía y el peso de las cosas.” (Podgorny, 2009: 94). Por otra parte, Nelia Dias (1994) nos advierte que ya hacia la década de 1880, antropólogos como Paul Topinard, sostenían que las fotografías no podían reemplazar las buenas medidas y descripciones, y solo ofrecían “una proyección central con todas sus ilusiones” (Dias, 1994: 41).

2 Varios autores se refieren a esta cuestión en términos similares. Scherer (1992) afirma que a causa de ser mecánica, muchos creyeron durante este período que la fotografía era un reflejo de la naturaleza y la realidad, una prueba a favor de los hechos. Mientras que Joan Schwartz, por su parte señala que en sus inicios la fotografía fue entendida como una forma de comunicar los hechos empíricos de manera inmediata a través del espacio y el tiempo, transformándose de este modo en un sustituto de los testigos presenciales (Schwartz, 2007: 158-159).

La historia de la experiencia de observar fotografías científicas y decidir sobre su valor tanto como formas empíricas de representación en imágenes o piezas de evidencia científica ha sido poco estudiada. De acuerdo con Tucker (2005) se ha prestado poca atención a la microhistoria de los procesos sociales involucrados en la construcción de las fotografías como evidencia a través de diferentes niveles de producción cultural, desde los atlas científicos a las revistas periódicas. Esta autora, siguiendo las argumentaciones de John Tagg (1988), señala que la historia de la fotografía como evidencia científica debe comprenderse en el marco más amplio de las relaciones de poder, ya que la misma idea de qué constituye evidencia implica técnicas y procedimientos definidos, instituciones concretas y relaciones sociales específicas. En este sentido, y en consonancia con lo señalado por Podgorny (2008), al analizar el problema de la construcción de evidencia científica en la arqueología del siglo XIX, en este capítulo buscaremos identificar y estudiar, en el campo de la antropología de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, los criterios para hacer confiable aquello que se iba definiendo como evidencia material de los acontecimientos del pasado y de los dispositivos para que dicha prueba se constituyera (Podgorny, 2008: 578).

En el marco de un proceso del cual buscaremos enfatizar “el papel fundamental que jugaron los agentes humanos y las redes de intercambio de objetos y de información” (Podgorny, 2008b); nos concentraremos en analizar las circunstancias que rodearon a la biografía social de una serie de fotografías tomadas a un indígena del pueblo conocido hacia el 1900 como “guayaquí”,³ capturado en 1894 en las selvas del Paraguay oriental. Nos referiremos particularmente a las circunstancias de producción de esas imágenes, su circulación por distintos canales y la recepción entre los antropólogos del 1900. Esas fotografías, tomadas por el explorador francés Charles de La Hitte representaron para sus contemporáneos una importante contribución al conocimiento de aquellos indígenas, presentados hasta entonces como esquivos y escurridizos, o aún de dudosa existencia. A pesar de las críticas que esas “pruebas fotográficas” recibieron como evidencia válida, fueron utilizadas en la discusión internacional sobre el origen y posición de los guayaquíes en la escala evolutiva. De este modo, estas fotos permiten indagar en las posturas de la comunidad antropológica de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con respecto al uso de la fotografía y la constitución de la foto como evidencia antropológica.

En ese sentido, y tal como señala Tucker (2005), estos debates nos llevaron a componer una idea matizada de cuál era la concepción del procedimiento

3 Actualmente, este pueblo se autodenomina aché, considerándose el término “guayaquí” como despectivo ya que significaría “ratón de monte”. Al referirnos aquí a un hecho ocurrido a fines del siglo XIX, utilizaremos el término *guayaquí* (que también encontrarán escrito con letra *k*, según el autor), a fin de no generar confusión en el relato, empleando el mismo término que utilizaron en su momento los autores estudiados.

fotográfico entre los antropólogos, buscando destacar aquellos elementos que permitan ajustar el comúnmente aceptado discurso de la fotografía como “espejo de la realidad”, o el de la objetividad mecánica (Daston y Galison, 1992). Como buscamos demostrar aquí, la mirada de los antropólogos decimonónicos no era ingenua y ponía en juego distintos argumentos a la hora de decidir entre lo objetivo y lo subjetivo en la fotografía científica.

El redescubrimiento de los guayaquíes

A mediados del año 1894, Charles de La Hitte –un jurista francés de origen aristocrático y aficionado a las ciencias humanas–⁴ se encontraba viajando por “la comarca de los yerbales y del centro del Paraguay”⁵, junto a dos ingenieros franceses contratados por la compañía La Industrial Paraguaya S.A.,⁶ para efectuar la mensura de los yerbales⁷ situados al borde de las selvas orientales paraguayas, entre las localidades de Tacurú-Pucú y Caá-Guazú. En su trayecto de ocho meses –entre abril y octubre–, según él mismo declara, había recolectado un conjunto de datos y objetos relacionados con los indígenas llamados *guayaquíes* (La Hitte y ten Kate, 1897: 10).

De regreso de este viaje y mientras se hallaba en la ciudad de Posadas, La Hitte supo que un indígena *guayaquí* había sido capturado por un grupo de obrajeros,⁸ lo hizo trasladar al destacamento policial de Villa Encarnación,⁹ donde acudió a observarlo y fotografiarlo. Con esas fotografías, las notas de su reciente viaje y algunos objetos presumiblemente pertenecientes a los *gua-*

4 La Hitte llegó a Buenos Aires a principios de 1888, impulsado por el “afán de investigación en el campo americanista” (Cutolo, 1975: 40). Recientemente llegado fue contratado por la gobernación de la provincia de Santa Fe, para realizar un estudio sobre la factibilidad del cultivo de la vid. Posteriormente se trasladó hacia la provincia de Formosa –lindante con la República del Paraguay– donde se desempeñó como juez territorial entre los años 1889 y 1890, y en forma paralela a sus actividades como magistrado participó, hasta el año 1894, en diversos emprendimientos agrícolas, fundando algunas colonias tabaqueras e industriales.

5 *La Nación*, 12/02/1895.

6 Esta compañía, de capitales franceses e ingleses llegó a poseer aproximadamente 3,5 millones de hectáreas en las selvas orientales paraguayas y pertenece al grupo de grandes empresas integradas en su mayoría por capitales externos que, a principios de la década de 1880, comenzaron a acumular propiedades en ese país, conformando en algunos casos verdaderos latifundios, dedicados principalmente a la explotación de bosques y yerbales. (Cf. Pastore, 1972; Riquelme, 2003)

7 Plantaciones de yerba mate (*Ilex paraguarensis*)

8 “Obrajero” es el término comúnmente empleado en la región del Chaco para referirse a los trabajadores de los establecimientos madereros conocidos allí como “obrajes”.

9 Tal como él mismo relata: “insistí con el comandante militar de Villa Encarnación, para que se le hiciera venir sin demora como ya lo había manifestado, y en cuanto me avisaron en Posadas, punto de mi residencia, la llegada del indio, cargué con mi aparato fotográfico y me trasladé a Villa Encarnación con la premura que se adivina.” (*La Nación*, 13/02/1895)

yaquíes que había recolectado en su trayecto por la selva paraguaya, La Hitte regresó a Buenos Aires. Una vez allí divulgó los resultados de su viaje en un extenso artículo publicado en el periódico La Nación de los días martes 12 y miércoles 13 de febrero de 1895, bajo el título *Lòs indios Guayaquíes en plena selva. El hombre primitivo*.¹⁰

En Paraguay, La Hitte había recolectado diferentes informaciones y elementos materiales pertenecientes a un grupo que, según decía, había sido “poco estudiados hasta hoy” y permanecía “casi desconocido aún para aquellas personas que se interesan por la suerte de las razas autóctonas sudamericanas.”¹¹ La incursión de La Hitte derivó en lo que posteriormente Roberto Lehmann-Nitsche denominaría “la primera investigación científica sobre la somatología y ergología de los indios Guayaquíes conocidos hasta aquella época casi sólo por el nombre.” (Lehmann-Nitsche, 1908: 91).

Según Lehmann-Nitsche (1908), las primeras referencias a este pueblo podían hallarse en las crónicas de los padres jesuitas que actuaron en el Paraguay desde la segunda mitad del siglo XVIII. Desde finales de ese siglo y hasta fines del XIX, se sumaron los testimonios de misioneros de diferentes órdenes, exploradores, colonos, militares y viajeros.¹² En muchas de esas crónicas se caracterizaba a los *guayaquíes* como “tímidos” y “huidizos”, motivo que se esgrimía para justificar la inexistencia de datos confiables y de primera mano acerca de ellos. Aunque varios naturalistas y exploradores de fines del siglo XIX mencionan su existencia, muy pocos llegaron a enfrentarse cara a cara con ellos. Uno de los pocos testimonios de contacto visual con estos hombres, consistía en el relato de Jorge Masterman, ayudante de cirugía, profesor de medicina y farmacéutico militar del Hospital de Asunción durante la llamada Guerra de

10 Tal como señala, entre otros, Bonomo (2002), por esos años la comunicación de las novedades científicas se realizaba a menudo a través de los periódicos, incluso antes de que sean publicadas en las revistas académicas, buscando no solamente sorprender y atrapar al lector urbano sino también haciéndolo partícipe de los últimos hallazgos de la ciencia. Entre los periódicos argentinos de ese momento La Nación era “... una de las organizaciones periodísticas más grandes, modernizadas y de mayor tirada” (Bonomo, 2002:77)

11 La Nación 12/02/1895.

12 En 1800, el Padre Lorenzo Hervás, en su “Catálogo de las lenguas conocidas” (Hervás y Panduro, 1800) anotaría algunos “apuntes vagos” que le había dado el Padre José Cardiel sobre este grupo. En 1861 el diario La Nación de Montevideo intentaría responder si este grupo llamado “guayaquí” por sus vecinos guaraníes, podía ser una rama de esta familia. (Pegoraro, 2009: 121-122). Ramón Lista (1883) y Juan Bautista Ambrosetti (1894) se limitan a reproducir los relatos de los misioneros jesuitas en el primer caso, y de los yerbateros y colonos en el segundo. Según Ambrosetti, “El Sr. D. Juan Goycochea, cuando trabajaba en el Monday consiguió un pequeño Guayaquí que crió hasta hace poco. Este indio se hallaba en Posadas, pero desgraciadamente, en el poco tiempo que estuve allí no lo pude ver” (Ambrosetti, 1894: 112)

la Triple Alianza;¹³ quien pudo observarlos mientras se hallaba prisionero,¹⁴ describiéndolos:

“Poco después, algunos Indios llamados los Guaiquis, habitantes de las grandes selvas al norte del Paraguay, fueron traídos á la Asunción, y habiendo sido atacados por las viruelas, el Dr. Rhind tuvo oportunidad para observarlos mientras yo estaba todavía preso en el Colegio. Parecían pertenecer al tipo mas infimo de la especie humana; su poca estatura, su cutis casi negro, sus flacos y delgados miembros, me recordaban desagradablemente á los monos; su inteligencia parecía ser inferior á la de estos animales. No construyen cabañas, ni llevan ropa, ni conocen el uso del fuego; viven en las selvas y se alimentan de frutos y raíces, á veces roban las gallinas de los colonos establecidos en su vecindario y las comen crudas; los soldados dijeron al doctor, que si los emborrachaban no se les ocurrirían para escaparse otros medios que los que emplearían las vacas en idéntica situación. No parecen tener un lenguaje articulado.” (Masterman, 1870: 183-84)¹⁵

Asimismo, en 1883, más de una década antes de la excursión de La Hitte por el Paraguay, el marino italiano Giacomo Bove recorrería el Río Paraná hasta el territorio de las Misiones. Estando en de Corrientes obtuvo, a través de un vecino de esa ciudad argentina, la fotografía de un niño *guayaquí*,¹⁶ quizás una de las

- 13 Jorge Federico (o George Frederick) Masterman, de origen inglés, formaba parte del numeroso grupo de técnicos y expertos extranjeros que habían emigrado al Paraguay entre 1845 y 1865 aproximadamente, durante los gobiernos de Carlos Antonio López y de su hijo y sucesor el Mariscal Francisco Solano López. De acuerdo con Verón (1993) es probable que el primer microscopio llegado al Paraguay haya sido el que introdujo Masterman en 1861. Según John Hoyt Williams, el conocimiento de los técnicos extranjeros —entre quienes incluye a los médicos— fue clave para el desarrollo económico y militar alcanzado por el Paraguay antes de estallar la Guerra de la Triple Alianza en 1865; un desarrollo que dependió no del capital importado sino de las habilidades importadas. El cuidado de la salud, especialmente del ejército, fue otro de los proyectos de López padre. En 1848 el médico alemán Johann Frederick Meister se convertía en uno de los primeros técnicos en firmar un contrato legal para servir a ese gobierno. Con el cargo de “Cirujano en Jefe del Ejército”, Meister permaneció en el Paraguay hasta 1852, cuando decidió emigrar. A fin de reemplazarlo, López contrató desde 1852 a varios doctores en medicina ingleses (Hoyt Williams, 1977: 237-243).
- 14 Varios médicos y hombres relacionados a la medicina y decenas de otros extranjeros habían sido arrestados en 1868, acusados de haber participado en un complot contra el dominio y la vida del Mariscal López (Hoyt Williams, 1977: 255). Masterman había sido encarcelado por esta misma causa un tiempo antes (Verón, 1993).
- 15 La Hitte cuestionaría “el desprecio más profundo y exageración preconcebida” presente en esta descripción (La Hitte y ten Kate, 1897: 7).
- 16 Bove publicaría esta foto, que había sido tomada a un niño *guayaquí* a cargo del Sr. Goicochea de Corrientes, en forma de litografía (Bove, 1885: 99).

primeras imágenes de los *guayaquíes* que iría a publicarse. Bove se preguntaba “Cómo una población pudo mantenerse en tal estado, rodeada como está ella de una civilización si no europea, al menos avanzada, es uno de esos misterios que la naturaleza no ha develado aún y que quizás no develará nunca” (Bove, 1885: 99, mi traducción). Este mismo autor señala que los *yerbateros*, al adentrarse en el monte, podían eventualmente encontrarse con algún rastro de esos hombres; sin embargo pocos los habían enfrentado cara a cara y en la mayoría de los casos se trataba de indicios y marcas atribuidas a este grupo.

En efecto, los conocimientos que se tenían eran escasos, fragmentarios y poco fiables, lo cual, según lo marcaba el propio La Hitte, se basaba en la ausencia de “hechos positivos” que dieran cuenta de ese pueblo:

“... no es de extrañar que los guayaquíes hayan dado lugar a numerosas leyendas populares extrañas e inverosímiles, que contribuyen a extraviar la opinión acerca de ellos, y hasta a veces ha hecho que se pusiera en duda su misma existencia, por aquellos que habiendo oído hablar de ellos en el Paraguay, no han tenido ocasión de encontrarse en presencia de hechos positivos, bastante escasos por cierto, por medio de los cuales se manifiestan.”¹⁷

Por otra parte, ese escaso contacto con la sociedad blanca y con otros pueblos indígenas vecinos había transformado a los guayaquíes en dueños de un “carácter salvaje inalterado” y en una incógnita a resolver para los estudiosos. Según manifestaba el propio La Hitte, ese pueblo mantenía “sin alteración alguna, el carácter y las costumbres del salvaje primitivo, y es por ese motivo que merecen, más que otros, atraer especialmente la atención del curioso y del etnólogo.”¹⁸

En ese sentido, La Hitte aventuraba una hipótesis explicativa acerca del origen de este pueblo, emparentándolos con “los naturales más primitivos” del planeta:

“Ahora para terminar, es el caso de preguntarnos si los guayaquíes han preexistido siempre en esa parte del Paraguay, y si los grandes exploradores de los siglos pasados, los compañeros y los émulos de los Solís y Cabeza de Vaca los han señalado, a estos o a sus semejantes en las narraciones de sus viajes.

¹⁷ *La Nación*, 12/02/1895.

¹⁸ *La Nación*, 12/02/1895.

Se sabe que los indígenas hallados por los primeros navegantes en el continente americano tenían cierto grado de civilización, muy adelantada entre los indios del Perú y de Méjico; por fin, que los guaraníes, tribus consideradas inteligentes, fueron con facilidad accesibles a las ideas del cristianismo predicado por los jesuitas.

¿Debemos sacar la conclusión de que los guayaquíes no pertenecen a la familia de los guaraníes, o que representan alguna fracción retrógrada al estado primitivo por causa de un aislamiento secular? Dejo a los sabios y a los eruditos el cuidado de contestar.”¹⁹

Apelando al conocimiento de los etnólogos para descifrar este enigma, destacaba su lugar como de uno de los tantos proveedores de datos en la empresa colectiva de observación del mundo y de la naturaleza. Sin embargo, al haber podido observar a pueblo tan esquivo, se destacaba como un recolector más calificado que otros, un reconocimiento que podía traducirse en nuevos encargos y mejores recompensas.

Este artículo repercutió tanto a nivel nacional como internacional, desencadenando una discusión en torno a lo que podría llamarse la *cuestión guayaquí* que se extendió por más de una década y donde participaron varios etnólogos, exploradores, colonos y misioneros, gran parte de ellos de habla germana. Todas las razones por las cuales esta comunicación tuvo, a diferencias de noticias anteriores, tanta resonancia a nivel internacional, son difíciles de establecer, pero no hay que descartar el éxito de la estrategia de La Hitte de presentarse a sí mismo por intermedio del retrato de uno de los habitantes más buscados y menos conocidos de las selvas sudamericanas.

Como se dijo al comienzo de este apartado, una vez regresado de su periplo por los yerbales paraguayos, La Hitte pudo observar y fotografiar a un indígena aché que se hallaba prisionero en la ciudad paraguaya de Villa Encarnación. Esas fotografías fueron promocionadas por él mismo como “... las primeras quizás, que se hayan obtenido de un individuo de esa raza, para ser entregadas a la consideración de los etnólogos.”²⁰ Desde su publicación, las fotografías tomadas por La Hitte circularon por diferentes contextos, soportes y formatos, siendo incluidas en publicaciones científicas, manuales escolares, diarios y revistas periódicas tanto especializadas como de interés general. Una de esas imágenes fue editada en forma de tarjeta postal, como *Recuerdo de la Repúbli-*

19 *La Nación*, 13/02/1895.

20 Agregando a continuación y sin ninguna vergüenza que los interesados podían “adquirir una fotografía de este indio, en la casa de A. Boote. Cuyo 767.” (*La Nación*, 12/02/1895).

ca Argentina. *Indio del Chaco* y se ofreció a la venta en un local de fotografía comercial de Buenos Aires (Martínez, 2011).

Estas imágenes, según declaraba el mismo La Hitte, representaban las primeras fotografías de un grupo indígena que:

“Por numerosos rasgos de analogía, se los podría poner en parangón con los naturales más primitivos de algunas islas de Oceanía, del centro de África o de las regiones más inaccesibles de las penínsulas asiáticas. Lo mismo que éstos, pueden considerarse como las últimas reliquias de la humanidad primitiva de la edad de piedra, del troglodita, nuestro antepasado de Europa, desaparecido hoy.”²¹

Esta cita expresa una preocupación extendida o un lugar muy visitado por la antropología de fines del siglo diecinueve en relación al origen de los pueblos indígenas americanos y el carácter relictual de determinados pueblos que habrían representado momentos anteriores de la humanidad (Cf. Podgorny 2009). La búsqueda de elementos comunes, o “rasgos de analogía”, entre estos pueblos y los del Viejo Mundo se refería a los rasgos físicos, sobre todo a su estatura relativamente pequeña, y a las dificultades que se presentaban a los exploradores y estudiosos para acceder al territorio que ocupaban. No olvidemos que la idea de “santuario”, la idea de ritmos de evolución diferentes o la mera posibilidad de territorios olvidados por la evolución no eran ajenas a las ciencias naturales y antropológicas hacia el fin del siglo del progreso (Bowler, 1996; Podgorny, 2005).

La Hitte de esa forma pretendía contribuir con nuevos materiales, con la evidencia de un pueblo indígena considerado “relictual”, a una discusión mayor que se venía desarrollando desde el último cuarto del siglo XIX. Se trataba de los orígenes y vinculaciones de las “razas pigmeas”, lo que se llamó el “problema” o la “cuestión pigmea” (Ballard, 2001), en un marco donde figuras de la antropología como William Henry Flower en Londres, Armand de Quatrefages en París, Alfred Cort Haddon en Cambridge y el padre Wilhelm Schmidt en Viena se ocuparon de enunciar las características diagnósticas del físico y la cultura de estos pueblos, avanzando en la definición de una “raza global de Pigmeos” (Ballard, 2001: 141). Para estos estudiosos los pigmeos representaban los resabios del más temprano estrato humano que se hubiera dispersado a través del mundo. Según Ballard (2006) las descripciones de los pigmeos realizadas por expedicionarios, funcionarios coloniales y científicos enfatizaban en un conjunto de ausencias o faltas que, supuestamente, vinculaban a esos pueblos: sin lazos familiares, sin religión, sin sociedad. Una serie de negaciones que los colocaban

21 *La Nación*, 12/02/1895.

como el mejor ejemplo de un estado pre-cultural. En este marco, La Hitte buscó hacer de los *guayaquíes* otro caso de “reliquias de la humanidad primitiva” de modo que las noticias sobre este grupo se constituían en datos nuevos o actualizados acerca de los supuestos posibles representantes sudamericanos de una antigua “raza perdida” u “hombres de la prehistoria”.

Por otra parte, la *cuestión guayaquí* despertó el interés de los estudios americanistas: no había acuerdo acerca de sus características físicas y su cultura material, dado que los datos acerca de ellos y la forma como habían sido obtenidos generaban muchas dudas. De este modo, los indicios materiales –los “hechos positivos” aportado por La Hitte– sobre ese pueblo, se transformaron en testimonio concreto de su existencia y en ese sentido adquirieron valor para la antropología. La duplicación de la serie fotográfica de 1894 en diferentes publicaciones especializadas puede entenderse como una medida del éxito de estas imágenes (Edwards, 2001: 42).

Sin embargo, la visibilidad que cobra la figura de La Hitte no debe ocultar la extensa red germano hablante que permitió la transformación de las palabras en objetos. Esta red incluía a *colonos* como Baldomero Schulz, quien ya en 1894 había publicado una noticia sobre los *guayaquíes* en la revista *Paraguay Rundschau*,²² Carlos Baumeister, cuyos empleados capturaron al indígena *guayaquí* que La Hitte fotografió en 1894, y finalmente a Federico Mayntzhusen (1911, 1945), colono afincado en Yguarazapá (Alto Paraná, Paraguay) que produjo algunos textos sobre una fracción meridional de ese grupo a quienes empleaba en sus explotaciones y los que había intentado reducir sin éxito (Vellard, 1934: 223). Entre los *misioneros* debemos destacar especialmente al padre Federico Vogt (1902, 1903, 1904 y 1911) de la orden católica *Societas Verbi Divini*, a la que también pertenecía Wilhelm Schmidt, editor de la revista *Anthropos*, particularmente interesado en los pigmeos africanos (Marchand, 2003). También incluía a *funcionarios* como Henry Mangels, canciller alemán en el Paraguay, quien publicó sobre ese pueblo en *Paraguay Rundschau* (1895) y a los *antropólogos* Karl von de Steinen (1895, 1901), Paul Ehrenreich (1898, 1904, 1906), Theodor Koch-Grünberg (en Vogt, 1902) y Hans Virehow (1908) que se ocuparon de este pueblo desde sus lugares de trabajo en Europa;²³ en tanto que desde América lo hicieron Hermann von Ihering (1895) en San Pablo, Brasil y Roberto Lehmann-Nitsche (1899a, 1899b, 1908) en la Argentina.

22 Esta era una publicación en lengua alemana llevada adelante por colonos de esa nacionalidad establecidos en Paraguay, con la intención de difundir “información exacta” acerca de ese país (*Bulletin of the American Geographical Society*, Vol. 37, No. 7, 1905, p. 447, mi traducción).

23 Aunque Von den Steinen y Koch-Grünberg viajaron en distintas oportunidades a América del Sur, no entraron en contacto con este pueblo y se refirieron a ellos a través de noticias como las de La Hitte o del padre Vogt, las que interpretaron en función de los grupos étnicos sudamericanos que habían estudiado en el campo y que mejor conocían.

Karl von den Steinen, una autoridad en cuanto a la etnología de Sudamérica, y uno de “los grandes nombres de la moderna exploración antropológica del Amazonas” (Gillin, 1940: 646), ensayó una respuesta al interrogante planteado por La Hitte en una comunicación titulada *Steinzeit-Indianer in Paraguay* (Indios de la Edad de Piedra en Paraguay), publicada en la revista alemana *Globus* en abril de 1895.²⁴ Allí sintetizaba las noticias traídas por La Hitte desde Paraguay para un público ávido de novedades geográficas. En ese artículo, donde según Ehrenreich se consolidaba “el significado de ese descubrimiento”,²⁵ aunque no se incluyeron las imágenes se hacía referencia a las litografías publicadas en La Nación, diciendo que se trataba de “dos reproducciones muy defectuosas” (Steinen, 1895: 249). Este autor se lamentaba de la poca información lingüística que La Hitte había logrado obtener, lo cual hacía imposible clasificar al grupo. En ese sentido, la imagen era muda.

Von den Steinen recordaba, además, las primeras referencias brindadas por quienes habían recorrido esa región anteriormente, como los jesuitas de los siglos XVII y XVIII, y el explorador francés Francis de Castelnau en la primera mitad del siglo XIX. Finalmente señalaba que se trataba de un momento único para visitar las “pequeñas tribus” que en Sudamérica todavía no habían sido afectadas por la civilización. Allí estaba el ejemplo de los Bugres (Xokleng) de Santa Catarina, Brasil, quienes a pesar de que podían ser contactados fácilmente por los colonos alemanes de esa región permanecían aún desconocidos (Steinen, 1895: 249). En esta última afirmación podemos identificar dos cuestiones que organizarían los debates etnográficos a inicios del siglo XX, las cuales fueron por un lado el interés por llenar los vacíos del mapa etnográfico sudamericano y por otro la “urgencia” tanto por registrar como por coleccionar objetos pertenecientes a aquellos pueblos indígenas que se veían como “razas en desaparición” (Podgorny, 2002b; Pegoraro, 2009). Por otro lado, queda como tema pendiente para investigaciones posteriores la circulación de temas, preguntas, datos y objetos a través de la comunidad lingüística y cultural alemana. Los *guayaquíes* y los colonos estaban más cerca del mundo de lo que las geografías de la periferia suelen hacer creer.

24 *Globus* (*Globus: Illustrierte Zeitschrift für Länder und Völkerkunde*) era una publicación ilustrada cuyo propósito era popularizar el conocimiento sobre geografía y etnología, reproduciendo noticias y comunicaciones de todo el mundo escritas en alemán. Esta literatura, a pesar de su sesgo colonialista, parecía no ser suficiente para inspirar colonialismo en sus lectores de clase media y clase media trabajadora (Short, 2003).

25 En alemán en el original: “Die Bedeutung dieser Entdeckung wurde damals von Karl von den Steinen in einem ausführlichen Berichte dargelegt” (Ehrenreich, 1898: 73)

El Museo de La Plata y la “cuestión guayaquí”

El siguiente evento significativo en este relato tiene lugar a mediados de 1895, luego de publicado el artículo de La Hitte en *La Nación* y después del comentario a esa noticia escrito por von den Steinen en *Globus*. En noviembre de 1895, La Hitte era contratado por el Museo de La Plata como segundo preparador de la sección Antropología, cuyo jefe entonces era el antropólogo holandés Hermann ten Kate. Junto con La Hitte ingresaron las fotografías y objetos que este había obtenido.

Sin embargo, las colecciones del Museo de La Plata recibieron objetos pertenecientes a los *guayaquíes* casi desde sus inicios como institución y antes que los mismos “existieran” fehacientemente para el mundo antropológico. Adolfo de Bourgoing, naturalista viajero que se hallaba en los territorios de Misiones y Paraguay recolectando restos materiales de las antiguas construcciones jesuíticas a pedido de Francisco Moreno (de Barrio, 1931; Podgorny, 2000a), había enviado a mediados de 1887, un cráneo de un individuo atribuido a ese pueblo indígena. Ese cráneo había sido hallado justamente en cercanías de las ruinas de la antigua misión jesuítica de Jesús,²⁶ en el este de Paraguay. Aunque de Bourgoing no había establecido contacto con los *guayaquíes* reproducía, al igual que en los casos de otros exploradores y naturalistas mencionados anteriormente, el juicio extendido sobre ellos:

“En los montes de esas inmediaciones [Jesús] habitan algunas escasas tribus errantes de indios guayaquíes, séres desgraciados que, al decir de los naturalistas representan aún en nuestros días la “Edad de Piedra”, pues, en efecto se sirven como en aquellos tiempos de infancia de la Humanidad, de utensilios de piedra: sus instrumentos cortantes, hachas, etc., son de esta materia.” (Bourgoing, 1894: 419)

También Juan Bautista Ambrosetti, remitió un hacha de piedra que había logrado obtener en uno de sus varios viajes al Paraguay y Misiones.²⁷ En ese contexto la contratación de La Hitte puede entenderse en términos de una estrategia ya utilizada por Moreno (Cf. Podgorny, 2000b, Podgorny y Lopes, 2008; Farro, 2009), el contrato para trabajar en la dependencia provincial aparejaba la entrada en el museo de la colección del nuevo empleado. De tal manera, es muy probable que el artículo de *La Nación* hubiera significado para La Hitte algo más concreto que las esferas de la evolución humana: la negociación de un empleo provincial. Hasta es probable que haya sido Moreno quien promoviera la

26 Se refiere a la Misión Jesuítica guaraní de Jesús de Taravangué, fundada en 1678 a orillas del Río Monday por el padre jesuita Guillermo Delfino. Se encuentra a 38 kilómetros al norte de Villa Encarnación.

27 Esa hacha le había sido obsequiada por el Sr. Joaquín Aramburú de Posadas (Ambrosetti, 1894: 111)

publicación del mismo para ayudar a generar el clima propicio para gestionar los fondos para ese empleo que, como en otros casos, le interesaba más por lo que traía bajo el brazo que por la persona a quien se contrataba (Cf. Farro 2009).

Luego viajar a Tierra del Fuego junto a Fernand Lahille, jefe de la sección zoológica del museo, donde, entre otros trabajos, se tomaron un conjunto de fotografías a indígenas onas (Lahille, 1926), Charles de La Hitte volvería al este del Paraguay hacia fines de 1896 y principios de 1897, comisionado en busca de nuevos datos junto a Hermann ten Kate (La Hitte y ten Kate, 1897:5). A su regreso, ten Kate realizó algunas comunicaciones preliminares sobre este viaje en revistas europeas (ten Kate 1897), publicándose los resultados finales en los Anales del Museo de La Plata, bajo el título *Notes ethnographiques sur les Indiens Guayakí* (Cf. Hovens, 1989, 1992; Hovens y Hieb, 2004; Farro, 2009).

En la primera parte de ese trabajo, firmada por La Hitte, se incluía una revisión bibliográfica de los antecedentes sobre ese tema, la descripción de algunas de las *costumbres guayaquíes* según lo observado en sus dos viajes, un pequeño vocabulario y una descripción de los objetos recogidos. Sin embargo, este último viaje no resultó tal como se esperaba. Luego de un breve paso por Asunción se dirigieron hacia Villarrica. Desde allí pensaban ir hacia el norte para llegar hasta Caáguazú y el Alto Paraná, pero debido a las lluvias y el mal estado de los caminos, se dirigieron hacia el sur, a Villa Encarnación. Circunscribiendo las investigaciones a la zona comprendida entre las antiguas misiones jesuíticas de Trinidad²⁸ y Jesús, un área donde “los Guayaquis hacen apariciones frecuentes” (La Hitte y ten Kate, 1897: 5, mi traducción) (Ver fig. 1). Allí visitaron un campamento abandonado hacía unos tres meses,²⁹ para luego examinar, medir y observar a tres jóvenes guayaquíes capturados en distintos momentos por los colonos de la zona. Visitaron además una población de indígenas caingú que habitaban en las mismas regiones selváticas de Paraguay, donde realizaron algunas observaciones antropológicas y tomaron fotografías.³⁰ No pudieron sin embargo entablar contacto con ningún *guayaquí* en su propio territorio.

28 Santísima Trinidad del Paraná, su nombre completo, era la más extensa de las reducciones jesuíticas guaraníes del Paraguay y había sido fundada en 1706 por el padre Juan de Anaya y un grupo de indígenas provenientes del pueblo de San Carlos. Está ubicada a 28 kilómetros al noroeste de la ciudad de Villa Encarnación.

29 Es en este viaje que como resultado de la persecución que sufrían entonces los Guayaquíes, La Hitte y ten Kate encuentran abandonada a una niña de alrededor de 3 años de edad, que sería bautizada como Damiana, a quien traen consigo a La Plata. Damiana muere aproximadamente a los 14 años luego de haber sido internada en el Hospital de Melchor Romero (La Plata). Su cuerpo fue llevado al Museo de La Plata –sin el cráneo que aún se encuentra en Alemania a donde fue enviado para su estudio– (Virchow, 1908). Atendiendo a la solicitud de los referentes *aché* del Paraguay, los restos de Damiana fueron restituidos por el museo en junio de 2010.

30 Actualmente, se conservan en el Departamento de Arqueología del Museo de La Plata, 6 negativos de vidrio en formato 13X18 cms. correspondientes a este viaje. Una de ellos representa a una familia *caingú* frente a su vivienda (ARQ-002-022-0004), los dos siguientes, donde apare-



Figura 1

Mapa del Paraguay donde pueden verse las principales localidades que cubrió el viaje de La Hitte y ten Kate, así como la “región guayaquí” (La Hitte y ten Kate, 1897: 10)

De esta forma, dada la imposibilidad de establecer contacto con los *guayaquíes*, los vocabularios recogidos tenían un dudoso valor científico: apuntados de boca de niños cautivos viviendo entre la población blanca del Paraguay, donde se hablaba el español y el guaraní, hacían presuponer la “desnaturalización” de su lengua materna. Los datos más novedosos que aporta La Hitte provienen de los objetos de la cultura material recolectados, como los cestos de fibra vegetal recubiertos de cera que él señala como una de las más primitivas formas de alfarería, marcando la transición de la cestería a la cerámica. Estos objetos, debido a su “poca variedad, sencillez extrema y sobre todo, esta ausencia de búsqueda artística que ninguna tribu salvaje, en ningún punto del globo, presenta” (La Hitte y ten Kate, 1897: 22, mi traducción) lo llevan a equipararlos, nuevamente,

cen los expedicionarios y sus acompañantes fueron tomados en un *paradero guayaquí* abandonado (AHFMLP-ARQ-002-023-0002 y AHFMLP-ARQ-002-023-0003), en tanto los últimos tres corresponden a las fotografías tomadas a los niños *guayaquíes* capturados por colonos paraguayos (AHFMLP-ARQ-002-023-0005, AHFMLP-ARQ-002-023-0006 y AHFMLP-ARQ-002-023-0007). Una última imagen (Figura 4) (AHFMLP-ARQ-002-023-0004) es la reproducción de un montaje fotográfico efectuado en el laboratorio fotográfico del museo.

con otros pueblos de Asia y Africa (como los Mincopies, Akka y Negritos), considerados como “ejemplos análogos de supervivencia de razas primitivas que, como los Guayaquis, son de pequeña talla, viven en los bosques, conservan sus costumbres salvajes, y desaparecen delante del elemento invasor que las rodea y al que no se agregan” (La Hitte y ten Kate, 1897: 22, mi traducción).

La segunda parte de este trabajo, escrita por Hermann ten Kate, estaba dedicada a la antropología, específicamente a las mediciones hechas sobre un esqueleto³¹ y sobre los niños cautivos. Allí ten Kate comenzaba señalando que “Si la etnografía de los guayaquis es muy poco conocida, la antropología física de estos Indios está en el estado de desiderátum para la ciencia” (La Hitte y ten Kate, 1897: 25, mi traducción). Posteriormente describe los resultados de sus estudios y mediciones antropométricas realizados de acuerdo a la escuela de antropología francesa, siguiendo particularmente las técnicas indicadas por Broca, Topinard y Manouvrier (Cf. Dias, 1991; Blanckaert, 1989, entre otros) En sus conclusiones, ten Kate relaciona a los *guayaquíes* con un tipo “paleoamericano” braquicéfalo cuyo representante más antiguo estaba en un cráneo “atípico” hallado en Lagoa Santa, Brasil. Dentro de este grupo también incluye a los tipos sub-braquicéfalos de pequeña talla estudiados por von den Steinen, a otros encontrados en la Guayana, y a los *caingúá*. En ese sentido, para este antropólogo los *guayaquíes* representaban “el grupo más austral, los menos numerosos, más homogéneos y los más primitivos posiblemente de esta antigua raza de hombres dispersada en las inmensas soledades silvestres de América del Sur.” (La Hitte y ten Kate, 1897: 38, mi traducción).

A pesar de que al inicio de este trabajo La Hitte señalaba que el artículo salido en La Nación en febrero de 1895 no había tenido “otro mérito que poder servir de punto de partida al estudio etnográfico de los Guayaquis” (La Hitte y ten Kate, 1897: 5, mi traducción), se volvieron a utilizar aquí las fotografías publicadas en ese entonces, tal vez debido a los magros resultados obtenidos en este nuevo viaje. Se reprodujeron cinco imágenes tomadas al indígena capturado en 1894: en cuatro de ellas este hombre aparece acompañado por objetos y adornos atribuidos a los *guayaquíes*; en la restante se lo ve vestido con uniforme militar, descalzo, y portando un fusil, junto al jefe político de Villa Encarnación.³² ten Kate refiere a “las bellas fotografías del prisionero adulto tomadas por M. de La Hitte, en 1894 [...] nos permiten formarnos una idea de los caracteres físicos de este Indio.”, señalando posteriormente su pequeña talla, la cual, a juzgar tanto por lo que se observa en la fotografía donde se encuentra de pie junto al Sr. Rodríguez, como por el recuerdo de La Hitte, debía de ser

31 Este esqueleto fue desenterrado por ten Kate y La Hitte el 29 de diciembre de 1896 y pertenecía a una mujer guayaquí que fue muerta por un grupo de colonos que era a su vez la madre de la niña bautizada Damiana.

32 Una reproducción de esta fotografía se conserva en el Departamento de Arqueología del Museo de La Plata (AHFMLP- ARQ-002-023-0001)

de alrededor de 1520 mm (La Hitte y ten Kate, 1897:34). Además, señala que la fisonomía de su rostro le recuerda a las fotografías de Botocudos que había observado mientras estuvo en la Sociedad Antropológica de París, aunque al examinarlo de perfil le recuerda a un habitante de Papúa (La Hitte y ten Kate 1897:34). Esta comparación con los botocudos está ligada a que este grupo, como señala Margaret Lopes, representaba otro de los grupos que los antropólogos ponían a disputar el lugar de representantes de las etapas más primitivas de la humanidad.

Si bien es probable que el objetivo original de La Hitte haya sido simplemente autopromocionarse y comercializar su trabajo,³³ dadas las dificultades que se manifestaban en orden de repetir el contacto personal con los *guayaquies*, las fotos tomadas en 1894 cobraron un valor científico inesperado. Como ya vimos, fueron reproducidas por primera vez en los Anales del Museo de La Plata de 1897,³⁴ a pesar de que allí se comunicaban los resultados de una expedición posterior, aunque menos exitosa. Al año siguiente, sin embargo, Paul Ehrenreich, publicaría un estudio comprendiendo las últimas informaciones correspondientes a los *guayaquies* y ofreciendo su interpretación (Ehrenreich, 1898). Al igual que en los casos de von den Steinen (1895) y ten Kate en 1897, este trabajo sería publicado en *Globus*, y allí se incluirían nuevamente las fotografías tomadas en 1894. Esta duplicación de las imágenes, las recubrió de una cierta autoridad antropológica en el sentido planteado por Edwards (2001).

Justamente Ehrenreich se refería a las fotografías de La Hitte como “magníficas ilustraciones [que] representan un progreso de nuestro conocimiento” (Ehrenreich 1898: 73, mi traducción), remarcando además que La Hitte sería el segundo testigo ocular de los guayaquies, si se consideraba a Masterman como el primero. La fotografía del hombre capturado en Encarnación en 1894, entonces, representaría la primera imagen fotográfica de un indígena guayaquí adulto. A su vez, Ehrenreich menciona otras noticias anteriores al primer viaje de La Hitte, cuando en 1899 el pintor y fotógrafo berlinés Karl Oenike junto al naturalista austriaco Paul Jordan escalaron el Cerro Tatu, cercano a la ciudad paraguaya de Villarrica, en busca de los guayaquies, aunque solo hallaron algunos rastros de sus habitaciones que Oenike dibujaría. Este dibujo también fue reproducido por Ehrenreich en 1898. (fig. 2)

33 En este sentido y como ya señalamos, una copia de esas fotografías se ofrecía a la venta en la casa fotográfica de Arthur W. Boote en Buenos Aires, cuando La Hitte no era aún empleado del Museo de La Plata (Martínez, 2011).

34 Esta fue en realidad la primera reproducción fotomecánica de esas imágenes, recordemos que el artículo en dos entregas publicado en La Nación en 1895 fue ilustrado con dos reproducciones litográficas de esas imágenes.

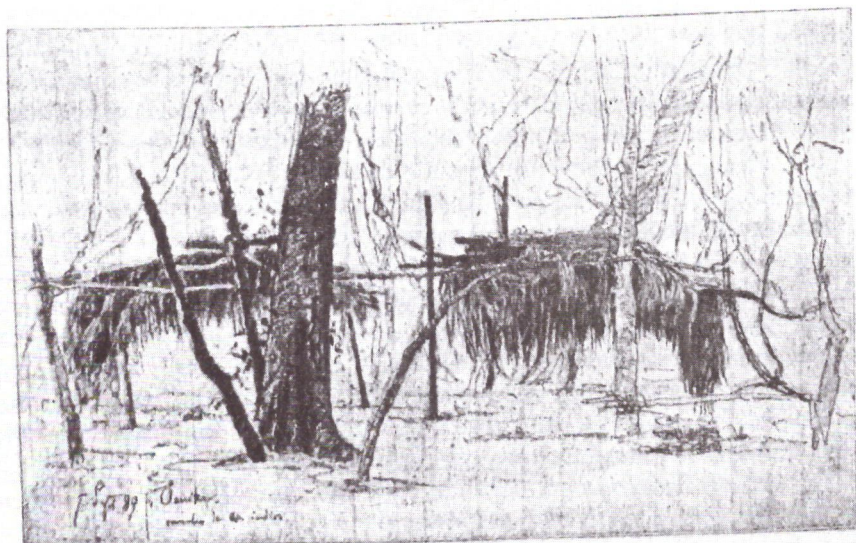


Fig. 11. Verlassenes Guayakilager. Originalzeichnung von K. Oenike.

Figura 2

“Refugio Guayaki abandonado. Dibujo original de K. Oenike”
(Ehrenreich, 1898: 78)

Aunque coincide con ten Kate en cuanto a las similitudes que este establece entre *guayaquíes* y Botocudos por sus caracteres físicos, no se muestra de acuerdo con hacer comparaciones a nivel regional basándose solamente en el índice cefálico ya que estas, señala, pueden resultar engañosas (Ehrenreich, 1898: 75). Por ello propone como primera medida realizar comparaciones lingüísticas para clasificar a los guayaquíes. En ese sentido vuelve a marcar el problema de los datos lingüísticos escasos y a veces problemáticos, los niños interpelados por ten Kate ya hacía algunos años que vivían donde el colono Posdeley, por lo que su vocabulario no era “auténtico” (Ehrenreich, 1898). Esto no le impidió formular una arriesgada hipótesis sobre su posición etnográfica, basada en un solo término de su vocabulario.

Entre las palabras registradas por La Hitte en 1894 se encontraba el término “Ku”, que fue la expresión registrada cuando se le mostró su retrato fotográfico al indígena *guayaquí* cautivo. Por ello La Hitte tradujo esta palabra como “yo”, aunque después señalaría que este término era una exclamación de sorpresa del indígena al descubrirse representado en la fotografía. Sin embargo, Ehrenreich señala que en realidad ese término podría significar “agua”, habien-

do sido utilizado al ver su imagen reflejada en la fotografía. El término “Ku” significa justamente “reflejo” entre los pueblos Xingú de Brasil –del tronco lingüístico Gé– y es utilizado para referirse indistintamente al vidrio, espejo, lente fotográfico, a la imagen del visor de la cámara e incluso a los negativos fotográficos (Ehrenreich, 1898: 77). Por medio de esta última hipótesis, Ehrenreich aportaba, además de los datos provenientes de los índices craneanos y la cultura material, un apoyo lingüístico para vincular a los guayaquíes con los Botocudo del sur de Brasil, incluidos dentro del tronco lingüístico Gé.³⁵

Estas y otras hipótesis podrían comprobarse o rechazarse para Ehrenreich en tiempo no muy lejano ya que, según señalaba al final de su artículo, podría esperarse de las *fuerzas activas del Museo de La Plata* nuevos avances en este campo de la etnografía (Ehrenreich, 1898: 77). Sin embargo, esos avances nunca se produjeron, poco después de realizarse la publicación de 1897, Hermann ten Kate abandonó el Museo de La Plata para trasladarse a Japón, mientras que Charles de La Hitte sería exonerado hacia fines de ese mismo año.³⁶ Por otra parte, mientras los mayores esfuerzos de Francisco Moreno estarían dedicados a los trabajos en la demarcación de límites con Chile, la sección antropología sería dirigida por Robert Lehmann-Nitsche quien, como ten Kate, conduciría según sus propios intereses, guiado por las preguntas de moda de la antropología internacional.

Aunque esto no significó el abandono inmediato de la “cuestión guayaquí”, tratada por el mismo Lehmann-Nitsche en varias oportunidades (1899a, 1899b y 1908), por el misionero Federico Vogt (1902, 1903, 1904 y 1911) y por el colono alemán Federico Mayntzhuzen (1911 y 1945), se reproduciría la forma de trabajo aplicada anteriormente: observación de indígenas capturados por colonos y habitantes de las regiones contiguas a las instalaciones agropecuarias.³⁷ El fuerte interés prestado a este tema desde mediados de la década

35 Posteriormente la lengua *guayaquí* se ubicó en el tronco lingüístico Tupí-guaraní, dentro del cual se sigue clasificando actualmente (Fabre, 2005)

36 Decía Francisco Moreno en carta al Ministro de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires del 15 de octubre de 1897: “*El Segundo Preparador de este establecimiento Don Carlos de Lahitte se ha negado terminantemente á obedecer mis disposiciones reglamentarias respecto á asistencia de empleados y además no obedece las órdenes, que se le dán como Segundo Preparador, lo que motiva repetidas quejas del Jefe de la Sección Antropológica [R. Lehmann-Nitsche] en la que debe servir. No siendo posible continuar soportando estas desobediencias que perjudican á la buena disciplina del establecimiento, pido á V. S. quiera separar de su puesto a dicho empleado.*” (AHPBA, Ministerio de Obras Públicas, Letra M, N° 247)

37 La única excepción sería la de Federico Mayntzhuzen quien había logrado reducir un grupo de *guayaquíes* que trabajaba en sus colonias hasta 1914. Por otro lado el Padre Vogt elaboró nuevos vocabularios *guayaquíes* con los mismos problemas ya señalados, tal como lo señalara el botánico y antropólogo italiano radicado en Paraguay, Moisés Bertoni (Bertoni, 1939; citado en Pegoraro, 2009: 131)

de 1890, iría, sin embargo, desapareciendo.³⁸ Sobreviviría, en cambio, el nombre adoptado para la asociación establecida entre unas canastas, los rastros y el ruido de gente escabullida en el monte y la foto de un indígena capturado, publicada en Buenos Aires para buscar suerte en las dependencias del Gobierno de la Provincia.

Las fotografías, sus usos y las discusiones en torno a su validez científica

En el siglo XX las fotografías de La Hitte continuaron circulando por distintos medios. El misionero de la Sociedad del Verbo Divino, Federico Vogt, utilizó dos de esas fotos en su publicación en el *Zeitschrift für Ethnologie* de 1902, en un artículo que incluía la colaboración del reconocido antropólogo Theodor Koch-Grünberg (Cf. Kraus, 2004). En 1904 el zoólogo italiano Enrico Giglioli publicó una pequeña comunicación sobre los *guayaquíes* en la revista inglesa *Man* donde, otra vez, utilizó una de estas fotografías (Giglioli, 1904). En 1910 la misma imagen aparece en un libro de texto español sobre los pueblos indígenas sudamericanos destinado a las escuelas (Navarro y Lamarca, 1910). Finalmente, esta misma foto vuelve a aparecer en el libro de memorias del naturalista inglés John Graham Kerr donde se relatan los viajes por el Chaco argentino y paraguayo. En esta oportunidad, en una fecha tan tardía como 1950, podemos observar que se reproducen los mismos preconceptos que se tenían sobre los *guayaquíes* en el 1900. En la leyenda que acompaña a la foto puede leerse: “Un Indio Guayakí-uno de la raza de enanos que habita en las selvas en el interior de Paraguay” (Kerr 1950, Plate VII, mi traducción) (fig. 3).

La Figura 3 representa la única fotografía cuyo negativo se conserva en el Archivo Histórico y Fotográfico del Museo de La Plata. En esta imagen, la más difundida entonces de las que La Hitte tomó al indígena aché en 1894, este se encuentra vistiendo una suerte de gorro, de forma cónica, hecho con piel de felino y cola de caballo, un collar de dientes de pecarí rodea su cuello, y con su mano derecha sostiene un arco y una flecha. Su mirada se desvía hacia la izquierda, como atento a otra cosa. A sus pies se encuentra una serie de elementos atribuidos a los *guayaquíes*, un hacha de piedra, un cuenco, una larga soga y otros objetos elaborados en hueso. Finalmente, como fondo de este retrato, se eligió mostrar las ruinas del antiguo Colegio Jesuítico de la misión Nuestra Señora de la Encarnación de Itapúa,³⁹ cuyas ruinas, sugestivamente, hacen de fondo. Esta fotografía no fue tomada siguiendo las pautas de la fotografía an-

38 Cf. en Lehmann-Nitsche (1908) la lista detallada de lo publicado sobre este tema desde mediados del siglo XVIII hasta 1908.

39 En 1843 y sobre la base de esta misión, el entonces presidente paraguayo Carlos Antonio López fundó la ciudad de Villa Encarnación. El antiguo Colegio se transformó en cuartel militar, mientras que uno de sus salones quedó habilitado como oratorio público en reemplazo del antiguo templo que se hallaba en ruinas (Durán Estragó, 2009).



Figura 3

Negativo de vidrio 18 x 24 cm., Charles de Lahitte, Villa Encarnación, Paraguay, 1894
(AHFMLP)

tropológica de entonces, sino que a través de ella se buscó sintetizar una imagen que diera cuenta tanto de los rasgos físicos como de la cultura material de los *guayaquíes*. Esta intención queda en evidencia si atendemos a las circunstancias previas a la toma de las fotografías. Cuando La Hitte llega al destacamento militar de Villa Encarnación, según el mismo nos narra, encuentra que el indígena, el mismo que en la fotografía aparece vistiendo las mejores ropas de su “tribu” y en actitud altiva, se hallaba en un rincón del cuartel vistiendo un calzoncillo y un viejo saco militar. Y si repasamos el relato de la expedición veremos que en una de las batidas militares, donde fueron muertos otros dos indígenas guayaquíes, se recolectaron varios objetos pertenecientes a ese pueblo, entre ellos el gorro de piel de felino y cola de caballo que aparece en las fotos.

Todos estos elementos se sumaron a la hora de tomar las fotografías, y el indígena fue impulsado a colocarse las ropas, lucir los adornos y portar los objetos que supuestamente pertenecían a su grupo.⁴⁰ En esta instancia se reafirma en cierto sentido lo que Alvarado denomina “efecto de indiscernibilidad”⁴¹ de la vestimenta, ya que esta pasa a constituirse en señal inequívoca de pertenencia e identidad étnica (Alvarado, 2000:148), logrando así una verdadera “naturalización” del fotografiado, que aparece, en este caso, encarnando esa entidad tan inasible de los *guayaquíes*. Sin embargo, la inclusión de las ruinas de la antigua misión jesuítica como fondo de esta imagen estaría yendo en contra de ese intento de naturalización haciendo intervenir un indicio histórico en la imagen; marcando un interesante contraste entre un pueblo indígena que aún a pocos años del siglo XX sobrevivía en “estado primitivo y salvaje” y los restos de la gran empresa civilizadora jesuita, que había sido expulsada de América hacia fines del siglo XVIII y de la que solo quedaban ruinas.

-
- 40 “Llega por fin el momento de describir el día en que confronté a mi salvaje con el aparato fotográfico. Esa operación a la cual se prestó con docilidad, no dejó por cierto de impresionarlo. Cuando se le despojó de su calzoncillo y de su túnica militar que le daban un aspecto grotesco, le pasé alrededor del cuello el pesado collar de dientes, le puse en la cabeza el bonete de piel de tigre, al mismo tiempo que tomaba en las manos el hacha de piedra y la lanza que algunos días antes habían sido encontrados con los cadáveres de sus dos compañeros muertos por los caaguas cerca del lugar a donde el mismo fue tomado prisionero.” (La Nación, 13/02/1895)
- 41 De acuerdo al planteo de esta autora: “Vestirse y adornarse –es decir, usar un traje y lucir una indumentaria– consiste, fundamentalmente, en cubrirse, revestirse o ataviarse con una serie de artefactos y objetos de una materialidad que se adecua a una corporalidad, no sólo en el sentido de la forma, sino también en relación a una dinámica que implica gestos, ademanes y movimientos. Esta continuidad cuerpo-traje/indumentaria, esta imposibilidad de diferenciar claramente entre la corporalidad dada y la vestimenta producida, genera lo que denominaremos el “efecto de indiscernibilidad (...) Este efecto se fundamenta en una especie de “correspondencia” entre la individualidad del sujeto y su vestimenta. Así, al observar cualquier sujeto vestido, ataviado y adornado presentará, para nosotros, una mayor o menor “correspondencia” entre su particularidad como persona y su indumentaria.” (Alvarado, 2000:138)

En definitiva, la serie fotográfica en su conjunto, puede entenderse como la construcción de una “escena étnica”, una serie de retratos etnográficos, donde haciendo posar al retratado acompañado por un conjunto de artefactos que supuestamente pertenecían a su cultura, se buscó lograr un efecto de realidad. Sin embargo, al conocer la historia de estas fotografías, del fotógrafo y de quien allí aparece retratado, y poder identificar los dispositivos visuales que ese fotógrafo puso en juego, esta imagen lejos de constituir el registro objetivo de una realidad que alguna vez tuvo lugar aparece como una construcción que pone especialmente en evidencia el interés y los propósitos de quien tomó la foto.

No conocemos con exactitud cuántas fueron las fotografías que La Hitte tomó al indígena capturado en Villa Encarnación. Solo contamos como medida con la publicación realizada con ten Kate en los Anales del Museo de La Plata en 1897, donde, como dijimos, se reproducen cinco fotografías.⁴² Cuatro de esas fotografías se imprimieron en conjunto, en la plancha I, mientras que la quinta imagen, que lo muestra vistiendo un uniforme militar, descalzo, portando un fusil y acompañado por el Sr. Rodríguez, jefe político de Encarnación, se reprodujo en una plancha aparte —plancha II— junto con otras fotografías tomadas en el segundo viaje de 1896–97. Esta fotografía, hasta donde sabemos, no fue reproducida en otros medios gráficos o científicos por lo que ahora solo nos ocuparemos en detalle de las cuatro imágenes de la plancha I, las cuales, como se ve, tuvieron un recorrido peculiar (Tabla 1).

Si consideramos la trayectoria de todas las fotografías de la serie veremos que estas se reprodujeron en nueve oportunidades, en un período que va desde 1895 hasta 1950, en distintos formatos y soportes, sufriendo además distintas intervenciones (recortes, reencuadres, eliminación del fondo, coloreado, entre los más notables). Sin embargo, no todas esas fotografías fueron reproducidas y duplicadas por igual, algunas de ellas lo fueron en mayor medida que otras. La **foto 4** fue la menos reproducida, apareció ilustrando el artículo de Ehrenreich (1898: 75) aunque recortada, reencuadrada y con el fondo eliminado. La **foto 1** apareció en la comunicación de Vogt (1902: 32), también recortada y reencuadrada, y en la revista *Caras y Caretas* N° 304 del 30 de julio de 1904. La **foto 2** fue una de las primeras en reproducirse ya que apareció en forma de litografía en la publicación de La Nación del 13 de febrero de 1895, y también fue publicada por Ehrenreich (1898: 75) donde se recortó la figura y se eliminó el fondo y en Vogt (1902: 32) donde la foto fue recortada y reencuadrada, conservándose el fondo y también se utilizó en el número ya mencionado de la revista *Caras y Caretas* de 1904. Finalmente la **foto 3** (fig. 1) fue la fotografía más duplicada

42 El único negativo de vidrio perteneciente a esta serie que se conserva en el Museo de La Plata presenta una inscripción que reza: “LH 10”, que podría significar “La Hitte 10” lo que haría suponer que esa placa en formato 18 x 24 cm., perteneció alguna vez a una serie de al menos 10 imágenes.

de toda la serie. Apareció en forma de litografía en *La Nación* de 1895, fue coloreada e impresa en forma de tarjeta postal, se utilizó como ilustración en dos publicaciones científicas (Ehrenreich 1898, pp. 75 y Giglioli 1904), en el relato de John Graham Kerr (1950, Plate VII) y también en el manual escolar de Navarro y Lamarca (1910: 63). En esta sucesión de reproducciones esta fotografía fue litografiada, coloreada, recortada, reencuadrada, y sufrió la eliminación del fondo.

	1895	1897	1898	c. 1900	1902	1904(1)	1904(2)	1910	1950
 1		X			X		X		
 2	X	X	X		X		X		
 3	X	X	X	X		X		X	X
 4		X	X						

Tabla 1. Trayectoria de la serie fotográfica de 1894



Figura 4

“Choza guayaquí Viaje ten Kate de La Hitte 1896-97” (Inscripción original)

La Hitte-ten Kate, montaje fotográfico, negativo de vidrio 13 x 18 cm.

(AHFMLP-ARQ-002-023-0004)

De derecha a izquierda, Charles de La Hitte, Hermann ten Kate (con sombrero) y sus acompañantes

Por otra parte, es interesante traer a cuento en este punto un desconocido intento por utilizar la fotografía como testimonio y prueba de verdad. Como ya señalamos, durante el viaje de 1896-97 que La Hitte y ten Kate realizaron por encargo del Museo de La Plata no se pudo establecer contacto con los *guayaquíes* en su propio territorio y lo más cerca que se estuvo de ellos ocurrió cuando dieron con un paradero abandonado, donde los integrantes de la expedición tomaron algunas fotografías. Con dos de estas imágenes se realizó el interesante montaje fotográfico que se muestra en la Figura 4. Allí podemos observar cómo la figura de La Hitte resalta con respecto a las demás: lejos de mostrar su protagonismo, esa manera de destacarlo denuncia que no pertenece a la imagen original. Se trata de un ensamble realizado a partir de otras dos fotografías muy similares. La diferencia más significativa entre estas dos imágenes es que en una de ellas, utilizada como matriz (AHFMLP-ARQ-002-023-0003) y tomada por La Hitte, mostraba a ten Kate a la derecha junto a sus acompañantes, todos sentados bajo una choza *guayaquí*. En la otra foto, tomada por ten Kate, se repite el mismo escenario y protagonistas solo que esta vez aparece La Hitte a

la izquierda (AHFMLP-ARQ-002-023-0002). De una copia en papel de esta imagen se recortó la figura de La Hitte y se la adhirió a una copia en papel de la foto usada como matriz, ubicándola a la izquierda de la imagen de ten Kate. Este *collage*, que a su vez fue fotografiado⁴³ y del que desconocemos autor o autores, es resultado de una manipulación de las imágenes en el laboratorio fotográfico que puede interpretarse como un intento de dar testimonio de la presencia de ambos exploradores en el mismo tiempo y lugar. Por otra parte, además de intentar mostrar que ambos viajeros habían “estado allí” juntos a partir de la composición de un montaje visual, las circunstancias de producción de las fotografías que se utilizaron como materia prima en este montaje, nos permiten pensar que no había otra persona entre los acompañantes de La Hitte y ten Kate que conociera el modo de utilizar un aparato fotográfico. A pesar de lo interesante que pueda resultar, esta fotografía nunca fue publicada hasta ahora y se transformó así en una de las rarezas fotográficas que pueden encontrarse en el Museo de La Plata.

Aunque ten Kate había elogiado las fotografías tomadas por La Hitte, no todos los antropólogos del momento coincidían con su apreciación. Enrico Giglioli, quien en su publicación de 1904 incluyó justamente una reproducción de esas fotografías (fig. 3), consideraba que esta no era “una buena imagen”, a pesar de lo cual no perdía interés para el etnólogo “ya que retrata un nativo de Sudamérica todavía viviendo en la “Edad de Piedra” (Giglioli, 1904: 161, mi traducción). En esa apreciación coincidía con su compatriota Guido Boggiani (1861-1901), que por ese entonces se encontraba viajando entre distintos pueblos indígenas del Chaco paraguayo y la región del Pantanal brasileño. Boggiani sostenía que las *Notes Ethnographiques* eran “muy pobre cosa”, observando que “las reproducciones de fotografías y objetos no son a la altura de los medios de que evidentemente disponen los Talleres del Museo.”, y se lamentaba de que “no se sepa salir de esa rutina de mal gusto”.⁴⁴ Si bien esta crítica también puede haber sido motivada por el deseo de Boggiani de formar parte del personal científico estable del Museo de La Plata, pudimos encontrar otros juicios de su parte referidos a la utilización de la fotografía en las publicaciones antropológicas, que iban en ese mismo sentido. Cuando, por ejemplo pudo descubrir que las fotografías de indígenas del Chaco publicadas por un botánico sueco que había estado en Paraguay (Lindman, 1899), no brindaban el nombre del fotógrafo que las había obtenido dejando creer que había sido el propio Lindman. Esas fotografías, además, conservaban inexactitudes en la pertenencia étnica de los retratados, cosa que se debía a que el fotógrafo que en realidad había obtenido

43 Es este negativo, el que refleja el resultado final del montaje, el que se conserva en el Museo de La Plata.

44 Carta de Guido Boggiani a Samuel Lafone Quevedo, Asunción 15 de Octubre de 1897(AHFMLP)

las imágenes, Manuel de San Martín de la ciudad de Asunción, no era “sabio, y poco se le importa de la etnografía, resulta que ha mezclado sus placas sin recordar más a que tribu se referían, y les ha dado una nomenclatura que si acierta en buena parte, muchas veces es equivocada”⁴⁵. Y más adelante señala un error similar cometido en la publicación de los viajes del explorador francés Bourgade La Dardye (1889).

Queda claro aquí, como marcamos más arriba, que a pesar de las críticas suscitadas en cuanto a la calidad de las imágenes obtenidas por La Hitte ellas seguían reproduciéndose debido a que fueron durante al menos una década, las únicas imágenes de los *guayaquíes* que se hallaban disponibles y en circulación.

Consideraciones finales

A pesar del dudoso valor que las fotografías de los *guayaquíes* tuvieron para algunos antropólogos ellas acompañaron, en tanto evidencia, una discusión académica a escala internacional sobre el origen y posición en la “escala evolutiva” de ese pueblo. No obstante, las fotos de La Hitte dejaban que desear en términos estéticos y, como vimos, también como evidencia. Además, en este proceso de atribución de valor y autoridad científica a la fotografía pudo reconocerse el papel cumplido por las redes de objetos y de información y por los hombres que las conformaban. A través de esas redes circularon los indicios materiales, los temas y las preguntas sobre los *guayaquíes*. Muchos de los individuos que intervinieron en estas redes eran considerados amateur, aunque a pesar de ello no eran personas incultas o sin educación sino que más bien traían consigo un entrenamiento previo relacionado con la organización de los hechos de otros campos de experticia (Podgorny, 2011d).

Finalmente, entendemos que las discusiones en torno al valor de la fotografía nos brindan nuevos datos para discutir la tan repetida afirmación que hace énfasis en la confianza ciega que la sociedad del siglo XIX habría depositado en la capacidad de la fotografía para reproducir objetivamente la realidad, indicándonos que en la atribución de validez científica a las imágenes, evidenciada en este caso por el uso extendido en contextos académicos, intervenían otros elementos además de la búsqueda de objetividad. Elementos que refieren tanto a la disponibilidad de determinadas fotografías, lo que se encontraba atado a la posibilidad de obtener datos fehacientes –“hechos positivos”– de determinados grupos indígenas, como a cuestiones vinculadas a la estética de las imágenes, si atendemos a los señalamientos en cuanto a la “belleza” que podían, o no, poseer las fotografías. De este modo, estos debates nos llevan a componer una idea matizada de cuál era la concepción del procedimiento fotográfico entre los antropólogos de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Como buscamos

45 Carta de Guido Boggiani a Samuel Lafone Quevedo, Asunción 22 de octubre de 1899 (AHFMLP)

demostrar aquí, al poner en contexto estas imágenes –a través de la lectura y análisis de material bibliográfico y de archivo– la mirada de los antropólogos decimonónicos no era ingenua y ponía en juego distintos argumentos sobre selectividad, disponibilidad, criterios, habilidad y estética, que tenían influencia en lo que se tomaba por objetivo y subjetivo en la fotografía científica.

Agradecimientos

Deseo agradecer a Irina Podgorny por su lectura, comentarios y sugerencias que contribuyeron a mejorar este capítulo.

Repositorios consultados

AHPBA, Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires.

AHFMLP, Archivo Histórico y Fotográfico del Museo de La Plata.

DAMLP, Departamento de Arqueología, Museo de La Plata.